

# Al sol, al viento

<http://dx.doi.org/10.18566/comunica.n36.a07>

Caminar el país, recorrer ríos, selvas, montañas y carreteras donde se encuentran pobladores y paisajes devastados por el terror, el miedo y la tristeza, en donde solo queda muerte, pero también desolación... esto lleva a pensar y reflexionar en todos aquellos que sobreviven a una guerra indiscriminada, en aquellos que resisten, en aquellos valientes que permanecen allí en los mismos lugares. Ellos sobreviven a las balas de los violentos, a las amenazas de los rumores y a las voces mezquinas de quienes de alguna manera perdieron el sentido de la vecindad, de la comunidad y del ser colectivo.

Al volver a recorrer luego de siete años muchos de los sitios que fotografié sumidos en el dolor, en los momentos más intensos del conflicto armado en Colombia, lugares como Urabá, Chocó, el Atrato, el oriente antioqueño y Bajo Cauca, entre otros, encuentro la presencia de sus habitantes en un acto de resistencia a seguir huyendo del conflicto y de los grupos armados y a familias enteras que intentan recuperar su tierra, sus cultivos, sus casas, la cultura y su identidad.

En estos paisajes que recorro de nuevo con otra mirada, ya no en medio de la guerra, descubro la ropa, aquella que nos cubre y nos descubre con su extraña vocación de salir, de mostrarse, de exhibirse siempre... incluso la más íntima y reservada. Por todo el territorio colombiano los paisajes se visten de nuevo con el color y las formas de las prendas para ratificar la presencia de los pobladores, para dignificar el trabajo de muchas mujeres que en su cotidianidad cuidan de su familia, para narrar las familias, sus labores y por supuesto su intimidad.

La ropa colgada representa una faceta esencial de la vida diaria, también sugiere una forma de resistencia contra el olvido, el despojo y la huida. La ropa tiene vida y en la geografía rural se resiste a ser despojada de quienes la llevan puesta. En estos territorios en los cuales se ensañó la muerte, el destierro y la guerra, la ropa al aire es la más clara señal de una vida en constante transformación.

Hablar con las mujeres que día a día cubren sus manos de agua y jabón en los solares de las casas, en las pocetas de cemento junto a las carreteras, en los lavaderos colectivos de algunos lugares o en el río, ratifica el compromiso digno que asumen cuando lavan las prendas, porque su acontecer doméstico

## Natalia Botero

Comunicadora Social-

Periodista U. de A.

Fotorreportera e  
investigadora

Candidata a Magister en  
Estudios Socioespaciales del  
INER, U. de A.

Docente universitaria

focosnarrativos@gmail.com

se llena de una noble acción a pesar de lo difícil y delicado que a la vez significa lavar la prenda. Una labor cotidiana que no solo depende de las mujeres en algunos casos los hombres también son partícipes de estas y otras labores del hogar.

Encontrar en la ropa la dignidad humana, las mil maneras de vestir, la limpieza de mantener también ordenado el espíritu, el alma y el cuerpo en lugares como los tendederos que narran la vida mientras se secan al sol. Tendederos que surgen en las motos, en las camas abandonadas y en los árboles frondosos que se vuelven el lugar para extender, secar y decorar parte de las casas, los jardines, las aceras y las fachadas. La ropa cuando no está tendida, no está a la vista, indica que no hay gente, que todos se han ido... que el rastro quedó limpio.

La ropa que se tiende AL SOL Y AL VIENTO, es presencia y señal de vida, trabajo y dignidad. La ropa nos cubre y nos identifica.









